la razón y la experiencia aconsejan ser tan claro en la expresión ó forma externa como la índole del asunto lo permita; y que el secreto de esta *claridad* estriba esencialmente en *ordenar bien las ideas,* y expresarlas por medio de voces *puras, propias y exactas,* de *locuciones, giros* y *cláusulas,* conformes en su *estructura* y *dependencias* á los preceptos del *Arte.*

CAPÍTULO IV

ENERGÍA DEL LENGUAJE

SUMARIO.—**I:** 89. Energía del lenguaje; definición.—**II:** 90. Epítetos; definición.—91. Formas gramaticales del epíteto; ejemplos.—92. Reglas generales de los epítetos; ejemplos.—**III:** 93. Imagen; reglas; definición.—94. Diversas clases de imagen; ejemplos.—**IV:** 95. Concisión del lenguaje; ejemplos.—96. Coordinación adecuada de las cláusulas; ejemplos.—97. Regla general relativa á la energía del lenguaje.

I

89. La *energía* del *lenguaje* consiste en excitar vivamente el interés y la atención de los oyentes ó lectores, de manera de producir en ellos una impresión profunda y duradera. Este carácter, meramente interno ó subjetivo, no permite dar á la energía sus notas ó caracteres objetivos, que es precisamente lo que se propone la *Literatura preceptiva.* ¿Qué es aquello que en el lenguaje es capaz de producir en el ánimo esa impresión profunda? ¿qué elementos componen este lenguaje, y cuáles son los más adecuados al objeto? Para entender esta cualidad hay necesidad de recordar algunos hechos relativos á la ideología de las voces, ó sea, á la significación é importancia de las mismas. Los *nombres* designan ya la cosa en sí, ya las cualidades ó caracteres que la distinguen de otras semejantes: lo primero es un símbolo, un signo; lo segundo, un rasgo. Uno y otro son necesarios para la expresión de las ideas. El *substantivo* expresa el objeto pura y simplemente, sin exclusión de ninguna de sus propiedades, pero sin determinación de ninguna de ellas; el *adjetivo,* por el contrario, se con-

creta á éstas, las individualiza y se junta al primero para caracterizarlo y determinarlo. De aquí nace el *epíteto;* voz griega que significa *sobrepuesto,* porque se pone, digámoslo así, encima de la noción, para hacerla más clara y viva. —El otro elemento de la *energía* es la *imagen,* cuya función, semejante á la del epíteto en sus efectos, estriba en *volver sensible* lo que no lo es, ó sea, en *pintar* por una serie de rasgos un *objeto abstracto* y herir vivamente la imaginación. Por último, no es indiferente el orden ó *coordinación* de las *voces* en la cláusula, pues que cada una expresa una idea distinta, cuya importancia varía, como varía la impresión que producen según el lugar que ocupan. En resumen, la *energía* del *lenguaje* depende del *vigor* y *fuerza* de los *epítetos,* de la *valentía* y *grandeza* de las *imágenes,* y de la *propiedad* de las palabras y su *acertada coordinación* en la cláusula.

II

90. Se da el nombre de *epíteto* á la palabra ó reunión de palabras que sirven para caracterizar la idea principal y dominante de un objeto.

91. Gramaticalmente los epítetos pueden ser *adjetivos, participios, casos de adposición, complementos indirectos* y *oraciones incidentales.*

Ejemplos de adjetivos y participios que son epítetos:

. . . . . .
En tanto por las calles *silenciosas*
acaudillando *armada* soldadesca
entre *infectos* cadáveres, y vivos
en que la estampa de la parca impresa
se mira ya; su *abominable* triunfo
la restaurada inquisición pasea;
con *sacrílegos* himnos los altares
haciendo resonar, á su *honda* cueva
desciende *enhambrecida,* y en las ansias
de *atormentados* mártires se ceba.

A. Bello.

Ejemplos de epítetos de todas formas:

. . . . . .
Y entonces una voz, *cuya cadencia*
sonaba arrulladora,
como el canto de amores de la virgen,
se oyó que repetía,
en su dulce cascada de gorgeos:
duérmete, *vida mía,*
gozando con la luz y la poesía
de la región que pueblan tus deseos...
duérmete, *flor del arte,*
á la que el beso de las auras mece. .
duérmete... Y cuando venga á despertarte
la voz de tu destino,
yo, *el ángel de tu cuna,*
regaré de perfumes y de galas
la *áspera* cumbre que tu genio adora,
y adonde tienden las *inmensas* alas
tu ambición y tu fe de soñadora.

M. Acuña.

Puede notarse en el anterior ejemplo que todos los adjetivos, participios, casos de adposición y modificaciones ó incidentes, son inútiles al punto de vista gramatical y lógico para la expresión de la idea principal contenida en el período ó cláusula, pues que su oficio es muy distinto; pero al suprimirlos se verá que tal expresión pierde mucho de la animación, viveza y colórido que le comunican, dejando los conceptos reducidos á esqueletos descarnados y fríos.

92. Los epítetos han de ser *significativos,* esto es, han de caracterizar con toda propiedad y exactitud el objeto á que se aplican.

Ejemplo:

. . . . . .
y á ver en el pecho más cerrado
la *insomne* incertidumbre del delito
y la *muda* vergüenza del pecado.

G. Núñez de Arce.

En esto se distinguen los buenos poetas; los epítetos de Núñez de Arce son admirables. Véanse los contenidos en la siguiente décima del mismo autor:

Cuando su manto repliega
la *triste* noche *sombría*,
tres muertos alumbra el día
en la *solitaria* vega:
don Luis, *que en sangre se anega*
y yace en *tranquilo* sueño;
don Juan, cuyo *torvo* ceño
muestra su angustia final;
y el lebrel, *noble* y *leal*
tendido á los pies del dueño.

Son, por lo mismo, defectuosos los epítetos *vagos*, ó que no expresan con exactitud los caracteres dominantes del objeto que se quiere dar á conocer; los *inútiles*, ó que significan ideas ya contenidas en la principal que se ha enunciado; los *impropios*, que no convienen á la cosa que se aplican; finalmente, los *vulgares*, ó que carecen de toda elevación y nobleza.

De todas estas clases se encuentran en los versificadores de todos los tiempos y países, aunque sean, como nuestro Carpio, hombres de mucho saber y doctrina.

Ejemplos:

Entonces vuela rápido y quebranta
todas las fuentes del *grandioso* abismo,
y *luego* pasa al sur, y allí cogiendo
el polo *con la mano*, lo levanta.
. . . . . .
Las ondas en *enormes* remolinos
se echaron en los *grandes* continentes
y arrancaban *enteros* los palmares.
. . . . . .
Las *grandes* aguas iban y volvían,
y en los montes *inmensos* se azotaban,
y los montes *innensos* retemblaban.

—

Desde entonces se mira allá en el fondo
un valle *triste, solitario* y *hondo*.

Abras se ven allí, peñascos *altos*
de pedernales, pómez y basaltos
ahumados con las *grandes* llamaradas.
. . . . . .
De trecho en trecho nace apenas
cardos silvestres y duros espinales
. . . . . .
el *soberbio* Jordán, turbio y *sombrío*
cuya desierta margen entristecen
pálidas cañas que humedece el río.

Con excepción de dos ó tres epítetos, todos los contenidos en los versos anteriores *son*, ó *vulgares*, ó *vagos*, ó *inútiles*, y alguno de ellos manifiestamente *impropio*, como el de *soberbio* aplicado al Jordán... Casi todos son verdaderos *ripios* destinados á satisfacer las exigencias de la métrica. Al leer á nuestro modesto y sabio escritor viene inconscientemente á la memoria aquel famoso aforismo de A. de Musset:

La intelligence peut faire des vers,
le cœur est le sœul poëte (1).

Se dice que los epítetos no deben prodigarse; y ciertamente, si son defectuosos, uno que sea sobra; pero si están conformes con la naturaleza de la idea ó del asunto de que se trata, pueden acumularse los que sean necesarios, que sobre esto no puede fijarse un límite. Sólo se exige, con razón, que cada epíteto añada una nueva circunstancia á los anteriores, y que conserven entre sí la más perfecta gradación y el enlace lógico correspondiente. Tal como puede verse en este ejemplo:

Süave sueño, tú que en *tardo* vuelo
las alas *perezosas, blandamente*
bates de *adormideras coronado*
por el *puro, adormido* y *vago* cielo (2).
HERRERA.

(1) La inteligencia puede hacer versos, pero sólo es poeta el corazón.
(2) Estos versos bastan también para probar que el epíteto, no sólo puede dar vigor y colorido á la expresión, sino que es capaz de producir todas las buenas cualidades de la elocución y el pensamiento.

La profusión de epítetos no amengua la belleza de estos versos; antes aumenta su natural gracia y delicadeza (1). Esto no significa que se ha de tener el propósito de acumularlos, ya por ostentar riqueza y abundancia en el lenguaje, ya por el vano prurito de calificar cada idea para mostrar ingenio y fecundidad: lo primero engendra la debilidad, la difusión; lo segundo vuelve afectado y violento el estilo. La *oportunidad* y *naturalidad* constituyen, pues, aquí, como en el uso de todos los adornos de retórica, la única verdadera regla: á la primera se opone la incongruencia y falta de serie en el encadenamiento lógico; á la segunda, la *estéril abundancia,* que produce un efecto contrario al que se desea. Todos los epítetos que hemos citado como significativos son, pues, *oportunos* y *naturales,* todos convienen al objeto á que se aplican, y todos son lo que la naturaleza de las cosas quiere que sean. Por ser muy importante esta materia, haremos nuevas aplicaciones de esta doctrina.

Céspedes, en su magnífica «Pintura del Caballo», emplea los epítetos siguientes, todos oportunos y naturales.

> Que parezca en el aire y movimiento
> la *generosa* raza do ha venido:
> salga con *altivez* y *atrevimiento*
> vivo en la vista, en la cerviz erguido:
> estribe el *firme* brazo en *duro asiento*
> con el pie *resonante* y *atrevido;*
> *animoso, insolente, libre, ufano*
> sin temer el horror de estruendo *vano.*

Todavía son mejores los que el mismo autor emplea al decir, refiriéndose al caballo, que

> *seguro, osado, denodado* y *fiero*
> no dude de arrojarse á la corriente
> *rauda,* que con las ondas *retorcidas*
> resuena en las riberas *combatidas.*

(1) Casi todos los buenos poetas: Herrera, Rioja, Garcilaso, León, Quintana, Gallego, Núñez de Arce, etc., se hacen notar por la abundancia y propiedad de sus epítetos. Entre nosotros, Acuña, Díaz Mirón, M. J. Othón y otros.

Pero es fácil comprender que no acertó el poeta cuando dijo, al apreciar ó ponderar la blancura y velocidad de «Cisne», que

> va delante á la nieve *helada* y *pura*
> en color, y en correr al Euro *frío.*

pues que nada tiene que ver lo *helado* de la nieve y lo *frío* del Euro con *el color* y la *violencia* respectivamente, que son las dos circunstancias que se trata de hacer resaltar en el objeto. Sólo el epíteto de *pura* es *oportuno* y *natural,* puesto que un color, y sobre todo el blanco, es más bello cuanto mayor sea su pureza.

Igual análisis podrá hacerse en todos casos, y se verá que la *naturalidad* y la *oportunidad* es la única regla racional que rige el empleo de todos los adornos de retórica. Sobre esto tendremos ocasión de insistir más adelante.

III

93. Otro medio de dar vigor y energía al lenguaje es la *imagen.*

Imagen, en el sentido literario de esta palabra, es la *representación* de *ideas abstractas* ó *suprasensibles* por medio de *voces adecuadas* á la *expresión* de los *objetos sensibles.* Se aplica por extensión el mismo nombre á la expresión de las ideas relativas á cosas sensibles, siempre que por lo vivo y animado del lenguaje, ó por ciertos rasgos felices con que se describa ó pinte un objeto, quede éste profundamente grabado en el ánimo de los oyentes ó lectores. Como puede notarse, el concepto literario relativo á la *imagen* es un complexo formado de varios elementos, entre los cuales se distinguen: el *epíteto,* la *descripción,* la *personificación,* el *tropo* y, principalmente, la *metáfora;* pero como cada uno, ó ha sido, ó va á ser estudiado separadamente, aquí sólo trataremos de la imagen tal como es